

Seix Barral Biblioteca Formentor



**Boualem Sansal**

---

El fin del mundo

---

**2004**



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# **Boualem Sansal**

## **2084. El fin del mundo**

Traducción del francés por  
Wenceslao-Carlos Lozano

---

Título original: 2084. *La fin du monde*

© Éditions Gallimard, 2015

© por la traducción, Wenceslao-Carlos Lozano, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-322-2948-0

Depósito legal: B. 14.333-2016

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## LIBRO I

*En el que Ati regresa a Qodsabad, su ciudad, y capital de Abistán, tras dos largos años de ausencia, uno pasado en el sanatorio del Sín en la montaña del Ouâ, y otro viajando a pie, de caravana en caravana. En el camino conocerá a Nas, un investigador de la poderosa administración de los Archivos, de los Libros Sagrados y de las Memorias Santas, que regresa de una misión en un recién descubierto yacimiento arqueológico anterior al Char, la Gran Guerra Santa, cuyo hallazgo ha provocado una extraña agitación en el seno del Aparato y, al parecer, en la mismísima Justa Fraternidad.*

---

Ati había perdido el sueño. La angustia se apoderaba de él cada vez más temprano, cuando se apagaban las hogueras e incluso antes, cuando el crepúsculo desplegaba su macilento velo y los enfermos, cansados de errar durante todo el día por cuartos, pasillos y terrazas, empezaban a regresar a sus camastros arrastrando los pies y dedicándose patéticos deseos de felicidad durante la travesía nocturna. Algunos no estarían allí mañana. Yölah es grande y justo, da y quita a su albedrío.

Luego caía la noche con tal rapidez en la montaña que dejaba desconcertado. No menos abruptamente, el frío se hacía tan intenso que vaporizaba el aliento. Fuera, el viento arreciaba sin cesar, dispuesto a todo.

Los ruidos familiares del sanatorio lo calmaban un poco, aunque expresaban el sufrimiento y sus ensordecedoras alarmas o las vergonzosas manifestaciones de la mecánica humana, pero no conseguían tapar el borborismo fan-

---

tasmal de la montaña: un lejano eco que imaginaba más que oía, procedente de las profundidades de la Tierra, repleto de miasmas y de amenazas. Y esa montaña del Ouâ, en los confines del imperio, era lúgubre y opresiva tanto por su inmensidad y su torturado aspecto como por las historias que corrían por sus valles y subían hasta el sanatorio tras las pisadas de los peregrinos que atravesaban la región del Sín dos veces al año, haciendo siempre una parada en el hospital en busca de calor y de pitanza para el camino. Llegaban de lejos, de todas partes del país, a pie, harapientos y febriles, a menudo en pésimas condiciones; había algo de maravilloso, de sórdido y de criminal en sus sibilinos relatos, tanto más inquietantes al contarlos en voz baja, interrumpiéndose al menor ruido para echar una mirada a sus espaldas. Todos ellos, peregrinos y enfermos, estaban permanentemente atentos, temerosos de que los pillaran los vigilantes, o quizá los terribles V, y los denunciaran como *makufs*, propagandistas de la Gran Impiedad, una secta aborrecida a más no poder. A Ati le gustaba el trato con esos viajeros de largo recorrido, lo buscaba por la cantidad de historias y de descubrimientos que habían acumulado en sus peregrinaciones. El país era tan vasto y tan desconocido que daban ganas de perderse en sus misterios.

Los peregrinos eran las únicas personas autorizadas a recorrerlo, no libremente, sino en función de calendarios precisos, por caminos señalados de los que nunca debían apartarse, jalonados por paradas establecidas en medio de la nada, en mesetas áridas, en estepas infinitas, en profundos desfiladeros, espacios desalmados donde los recontaban, los dividían en grupos como cuerpos de ejército acampados alrededor de mil hogueras a la espera de que les ordenaran volver a formar para seguir avanzando. A veces,

---

esas paradas se prolongaban tanto que los penitentes se arracimaban en inmensos barrios de chabolas y se comportaban como refugiados olvidados, incapaces ya de recordar qué motivó antaño sus sueños. La duración de la provisionalidad tiene su enseñanza: lo importante ya no es la meta, sino la parada, por precaria que sea, pues ofrece descanso y seguridad y, de paso, subraya la inteligencia del Aparato y el afecto del Delegado por su pueblo. Soldados apáticos y comisarios de la fe atormentados y vivaces como suricatos se turnaban a lo largo del camino, en puntos neurálgicos, para ver pasar a los peregrinos y tenerlos vigilados. No hay noticia de que haya habido alguna vez una evasión o una caza del hombre, las gentes seguían adelante tal como se les indicaba, y sólo renqueaban cuando las vencía el cansancio y las filas empezaban a clarear. Todo estaba bien organizado y debidamente regulado, no había incidencia posible al margen de la voluntad expresa del Aparato.

Se desconocen los motivos de estas restricciones. Vienen de antiguo. La verdad es que a nadie se le había ocurrido jamás planteárselo, la armonía imperaba desde hacía tanto tiempo que no había el menor motivo para preocuparse. Ni siquiera la enfermedad y la muerte, que no paraban de producirse, afectaban lo más mínimo a la moral de la gente. Yölah es grande y Abi es su fiel Delegado.

La peregrinación era el único motivo admitido para circular por el país, al margen de las necesidades administrativas y comerciales para las cuales los agentes disponían de un salvoconducto que había que validar en cada etapa de la misión. Esos controles repetidos hasta el infinito y que

---

movilizaban a un sinfín de revisores e interventores tampoco tenían tanta razón de ser, eran una reminiscencia de alguna época remota. Sin duda, el país vivía guerras recurrentes, espontáneas y misteriosas, el enemigo estaba por doquier, podía surgir por el este o por el oeste, por el norte o por el sur, todo el mundo desconfiaba, no se sabía cómo era ni qué quería. Se le llamaba el Enemigo, destacando la mayúscula en la entonación, y con eso bastaba. Se recordaba vagamente que en un lejano tiempo se había anunciado que estaba mal visto nombrarlo de otro modo, y aquello pareció tan legítimo y evidente que a nadie se le habría ocurrido cabalmente dar otro nombre a algo que nadie había visto jamás. El Enemigo cobró una dimensión fabulosa y terrible. Y un día, sin necesidad de que se señalara, la palabra *Enemigo* desapareció del léxico. Tener enemigos es una manifestación de debilidad, la victoria es total o no es. Se hablaba de la Gran Impiedad, se hablaba de *makufs*, una palabra de nuevo cuño que remitía a renegados invisibles y omnipresentes. El enemigo interior había sustituido al enemigo exterior, o a la inversa. Luego vino la época de los vampiros y de los íncubos. Durante las grandes ceremonias, se evocaba un nombre que concitaba todos los miedos, el Chitán. También se hablaba del Chitán y de su asamblea. Para algunos era otra forma de señalar al Renegado y a los suyos, una expresión que la gente entendía bastante bien. Y eso no acaba ahí, quien pronuncia el nombre del Maligno debe escupir al suelo y recitar tres veces la fórmula consagrada: «¡Que Yölah lo destierre y lo maldiga!». Más adelante, tras haber superado otros escollos, se adjudicó por fin al Diablo, al Maligno, al Chitán, al Renegado, su verdadero nombre: Balis, y sus adeptos, los renegados, pasaron a ser balisinos. De pronto todo resultó más claro aunque, así y todo, muchos tardaron en



---

dejar de preguntarse el motivo de haber estado utilizando nombres falsos durante toda una eternidad.

La guerra fue larga y tremebunda. Aquí y allá, y, la verdad sea dicha —bien es cierto que otras desgracias vinieron a añadirse a la guerra: seísmos y demás calamidades—, sus huellas se conservan piadosamente por doquier, dispuestas como instalaciones artísticas desmesuradas y solemnemente ofrecidas al público: manzanas de edificios destripados, muros acribillados, barrios enteros sepultados bajo escombros, carcasas retorcidas, cráteres gigantes convertidos en vertederos humeantes o en pantanos pútridos, alucinantes amontonamientos de hierros retorcidos, despedazados, fundidos, dispuestos como señales interpretables y, en algunos sitios, amplios espacios prohibidos de varios cientos de *kilosiccas* o *chabirs* cuadrados, rodeados por burdas empalizadas en algunos lugares de paso, destrozadas en otros puntos, territorios pelados, barridos por vientos gélidos o tórridos, donde parecen haberse producido sucesos inimaginables, trozos de sol caídos sobre el planeta, magias negras que habrían provocado fuegos infernales, y vaya uno a contar qué más, pues todo, tierra, rocas, construcciones humanas, está profundamente vitrificado, y ese magma irisado emite un chirrido punzante que pone el vello de punta, hace zumbar los oídos, dispara el ritmo cardíaco. El fenómeno atrae a los curiosos, que se agrupan alrededor de esos espejos gigantes y gozan viendo cómo se les pone la piel de gallina, se les hincha y enrojece la piel, les sangra la nariz. Por mucho que las poblaciones de esas regiones, hombres y animales, padezcan enfermedades inauditas, que sus hijos nazcan con todas las deformidades posibles y no se haya encontrado explicación a todo ello, nadie parece asustarse y se sigue agradeciendo a Yölah sus bondades y alabando a Abi por su afectuosa intercesión.

---

Dispuestos en los lugares adecuados, paneles informativos explicaban que tras la guerra, llamada el Char, la Gran Guerra Santa, las destrucciones se extendían hasta el infinito y los muertos, nuevos mártires, eran cientos de millones. Durante años, decenios enteros, mientras duró la guerra y largo tiempo después, hombres vigorosos se dedicaron a recoger los cadáveres, a trasladarlos, a apilarlos, a incinerarlos, a cubrirlos con cal viva, a enterrarlos en inmensas fosas, a amontonarlos en las entrañas de minas abandonadas, en profundas cuevas que luego cerraron con dinamita. Un decreto de Abi licitó durante el tiempo necesario esas prácticas harto ajenas al rito funerario del pueblo de los creyentes. Recogedor e incinerador de cadáveres fueron durante aquella época oficios de moda. Todo hombre con buena musculatura y bien plantado podía dedicarse a ello, a tiempo completo o bien ocasionalmente, según su disponibilidad, pero sólo aguantaron hasta el final los más fuertes. Se desplazaban de una región a otra con sus aprendices y su material de trabajo, carretilla, cuerda, polipasto, linterna y, los mejor equipados, un animal de carga; contrataban una concesión a su medida y se ponían manos a la obra. En la memoria de los más ancianos ha quedado grabada la imagen de esos colosos austeros y plácidos caminando en la lejanía por senderos y collados, con su delantal de cuero grueso rebotando sobre sus macizos muslos, tirando de carretones sobrecargados, seguidos por sus aprendices y, a veces, sus familias. El olor de su profesión los seguía, los precedía, impregnándolo todo, un rancio hedor a carne putrefacta, grasa quemada, cal viva efervescente, tierra contaminada, gases persistentes. Con el tiempo, esos se-

---

res fortachones fueron desapareciendo, el país se había saneado y sólo quedaron algunos ancianos taciturnos y lentos ofreciendo sus humildes servicios alrededor de los hospitales, los hospicios y los cementerios. Un triste final para esos heroicos barrenderos de la muerte.

En cuanto al Enemigo, desapareció sin más. Nadie consiguió jamás hallar en todo el país la menor huella de él, de su miserable paso por la Tierra. La victoria había sido «total, definitiva, irrevocable», tal como se anunció oficialmente. Yölah había decidido una vez por todas y ofrecido a su pueblo, más creyente que nunca, la supremacía prometida desde el inicio de los tiempos. Sin que se supiera cómo ni por qué, se impuso una fecha que quedó incrustada en los cerebros y figuraba en los paneles conmemorativos colocados junto a los vestigios: 2084. ¿Tendría alguna relación con la guerra? Quizá. No se precisaba si correspondía al inicio o al final, o a algún episodio del conflicto. La gente supuso una cosa, luego otra, más sutil, relacionada con la santidad de su vida. La numerología se convirtió en un deporte nacional, se sumaba, se restaba, se multiplicaba, se hicieron todas las combinaciones posibles con los números 2, 0, 8 y 4. Durante un tiempo se llegó a pensar que 2084 era, sin más, el año del nacimiento de Abi, o el de su iluminación divina cuando estaba a punto de cumplir los cincuenta años. El hecho era que ya nadie dudaba de que Dios le hubiera asignado un papel nuevo y único en la historia de la humanidad. Fue por entonces cuando el país, que no tenía más nombre que el de *país de los creyentes*, pasó a llamarse Abistán, un nombre precioso que utilizaban los cargos oficiales, Honorables y Sectarios de la Justa Fraternidad y agentes del Aparato. El pueblo bajo siguió usando la vieja denominación de *país de los creyentes* y, en sus conversaciones normales,

---

haciendo caso omiso de los riesgos a que se exponía, la abreviaba como *el país, la casa, nuestra tierra*. Así de despreocupado y de escasamente inventivo es el pueblo, no ve más allá de su puerta. Da la impresión de ser una especie de cortesía por su parte: el más allá tiene sus propios amos, mirarlo supone violar una intimidad, romper un pacto. Llamarse *abistaní*, o *abistanies*, en plural, tenía un toque oficial estresante, recordatorio de los engorros y de las llamadas al orden, cuando no de las citaciones; la gente hablaba de sí misma diciendo *la gente*, convencida de que eso le bastaba para reconocerse entre sí.

En otra época, la fecha se atribuyó a la fundación del Aparato y, un poco antes, a la de la Justa Fraternidad, la congregación de los cuarenta dignatarios elegidos entre los creyentes más fiables por el propio Abi, tras haber sido él mismo elegido por Dios para asistirlo en la colosal tarea de gobernar el pueblo de los creyentes y de conducirlo a la otra vida, en la que cada cual será juzgado según sus actos por el Ángel de Justicia. Se les decía que en esa luz la sombra no ocultaba nada, era un revelador. Fue en el transcurso de esos cataclismos que se sucedieron uno tras otro cuando se dio a Dios un nuevo nombre, Yölah. Los tiempos habían cambiado, según la Promesa Primordial, un nuevo mundo había nacido en una tierra purificada, consagrada a la verdad, bajo la mirada de Dios y de Abi; había que volver a nombrarlo todo, que reescribirlo todo, para que bajo ningún concepto la nueva vida siguiera estando mancillada por la historia pasada y ya caduca, había que borrarla como si jamás hubiera existido. La Justa Fraternidad concedió a Abi el humilde pero tan explícito título de Delegado, e ideó para él un saludo sobrio y emocionante. Se decía «Abi el Delegado, salvado sea» mientras se besaba el dorso de la mano izquierda.

---

Circularon tantos relatos antes de que todo se apagara y el orden se reimpusiera... Abi ha reescrito y sellado la historia. Lo poco que pudo quedar adherido de los tiempos antiguos en el fondo de las memorias expurgadas, retazos, humo, sólo alimentaba vagos delirios en los ancianos seniles. Para las generaciones de la Nueva Era, las fechas, el calendario, la historia tenían tan poca importancia como la huella del viento en el cielo; el presente es eterno, el hoy está siempre aquí, el tiempo cabe por entero en la mano de Yölah, él conoce las cosas, decide su significado e instruye a quien quiere.

Sea lo que fuere, 2084 era una fecha fundacional para el país aunque nadie supiera a qué correspondía.

Así es esto, sencillo y complicado sin ser absurdo. Los candidatos a la peregrinación se inscribían en una lista para tal lugar santo, elegido para ellos por el Aparato, y esperaban a que les asignaran una caravana a punto de salir. La espera duraba un año o toda la vida, sin remisión, en cuyo caso el primogénito del difunto heredaba el certificado de inscripción, pero nunca el segundo ni las hermanas: la santidad no se divide ni cambia de sexo. Aquello era motivo para un grandioso festejo. La ascesis trascendía en el hijo y eso realzaba el honor de la familia. Eran millones y millones en todo el país, procedentes de sus sesenta provincias, de toda edad y condición, contando los días que los separaban de la gran partida, el Jobé, el Día Bendito. En algunas regiones se había instituido una vez por año la costumbre de reunirse, conformando enormes multitudes, para flagelarse profusamente con látigos claveteados

---

en medio del jolgorio y el regocijo, y expresar así que el sufrimiento no era nada en comparación con la felicidad de esperar el Jobé. En otras regiones, la gente organizaba acampadas festivas, se sentaba en círculo con las piernas cruzadas, rodilla contra rodilla, y todos escuchaban a los viejos candidatos, agotados pero inaccesibles al desaliento, contar su largo y bienaventurado calvario, llamado la Expectación. Cada frase era jaleada con una expresión de ánimo por parte del repetidor con ayuda de un altavoz: «Yölah es justo», «Yölah es paciente», «Yölah es grande», «Abi te apoya», etcétera, repetida por diez mil gargantas desgarradas por la emoción. Luego se apretujaban para rezar, salmodiaban a voz en grito, cantaban odas escritas por Abi, y vuelta a lo mismo hasta el agotamiento. Luego llegaba el momento culminante, degollaban rebaños enteros de corderos y de bueyes cebones. Se requería la intervención de los matarifes más hábiles de la región, pues se trataba de un sacrificio, lo cual tiene sus dificultades, degollar no es matar, sino exaltar. Luego había que asar toda la carne. Las fogatas se veían desde lejos, el aire se impregnaba de grasa y el buen olor de la carne braseada cosquilleaba en un radio de diez *chabirs* a todo lo que llevara nariz, hocico, morro o pico. Era una especie de orgía, inacabable y vulgar. Los mendigos, que acudían en masa atraídos por el aroma, no resistían a la abundancia de tan carnosa jugosidad y se sumían en una extremada ebriedad que los incitaba a unos comportamientos ajenos a la religión, pero a la postre su voracidad era bienvenida, pues qué hacer si no con tanta carne sacrificada. Tirarla era un sacrilegio.

Incesantes campañas avivaban de continuo la pasión por la peregrinación, mezclando propaganda, prédicas, ferias,

---

concursos y manipulaciones diversas, diligenciadas por el muy poderoso Ministerio de los Sacrificios y las Peregrinaciones. Una antigua y muy santa familia amada por Abi detentaba el monopolio del bombo mediático, el *musim*, que ejercía con una precisión acorde con la religión. «Sin pasarse ni quedarse corto» era su lema comercial, que hasta los niños conocían. Otras muchas profesiones gravitaban en torno a los sacrificios y las peregrinaciones, y otras tantas familias nobles se desvivían por ofrecer lo mejor. En Abistán no había más economía que la religiosa.

Dichas campañas se escalonaban a lo largo del año, con un repunte en verano, durante el Siam, la Semana Sagrada de la Abstinencia Absoluta, que coincidía con el regreso de los peregrinos de sus lejanas y maravillosas estancias en cualquiera de los incontables espacios consagrados a la peregrinación a lo largo y ancho del país, lugares santos, tierras sagradas, mausoleos, espacios de gloria y de martirio donde el pueblo de los creyentes había conseguido sublimes victorias frente al Enemigo. Un tozudo azar había dictaminado que todos los emplazamientos estuviesen ubicados en los extremos del mundo, lejos de las carreteras y de las aglomeraciones, y eso hacía de la peregrinación una larga e imposible expedición que duraba años, cruzando el país de punta a punta, a pie, por caminos accidentados y solitarios, tal como mandaba la tradición, lo cual hacía harto improbable el regreso de ancianos y enfermos. El hecho es que ése era el verdadero sueño de los postulantes, morir en el camino hacia la santidad, como si pensaran que, al fin y al cabo, no fuera tan bueno alcanzar la perfección en vida, pues imponía al elegido una enormidad de cargas y de deberes que éste acabaría forzosamente traicionando, perdiendo así de una tacada el beneficio de tantos años de sacrificios. Ade-

---

más, a no ser que se comportase como un potentado, ¿cómo podría un simple santón gozar de la perfección en un mundo tan imperfecto?

A nadie, ni al más digno de los creyentes, se le habría ocurrido pensar que esas peligrosas peregrinaciones eran un modo eficaz de alejar a las pletóricas multitudes de las ciudades y de ofertarles una bonita muerte en la senda del cumplimiento. Del mismo modo, nadie pensó jamás que la Guerra Santa buscaba el mismo fin: transformar inútiles y míseros creyentes en gloriosos y provechosos mártires.

Estaba claro que el sanctasanctorum de todos los santos era la casita de piedras erráticas en la que nació Abi. No se podía imaginar casucha más patética, pero los milagros que en ella se producían eran de lo más extraordinario. No había abistaní que no tuviera en su casa una reproducción de la santa morada; ya fuera de papel maché, de madera, de jade o de oro, todas expresaban el mismo amor por Abi. Nadie lo señalaba, ni se había fijado en ello, pero cada once años la susodicha casucha cambiaba de lugar en virtud de una disposición secreta de la Justa Fraternidad, que organizaba la rotación del prestigioso monumento por un prurito de equidad entre las sesenta provincias de Abistán. Menos aún se sabía que un programa, uno de los más discretos del Aparato, preparaba con mucha antelación el lugar de recepción y formaba al vecindario para su papel de futuros testigos históricos a quienes correspondería enseñar a los peregrinos lo que para ellos suponía vivir tan cerca de una choza única en el universo. Los penitentes se lo agradecían debidamente y no escatimaban en aclamaciones, lágrimas y regalitos. La comunicación era total. Sin testigos para contarla, la historia no existe, alguien tiene que iniciar el relato para que otros lo rematen.



---

El tupido sistema de restricciones y prohibiciones, la propaganda, las prédicas, las obligaciones culturales, el rápido encadenamiento de las ceremonias, las iniciativas personales por llevar a cabo, tan importantes para la notación y adjudicación de privilegios; lo uno añadido a lo otro había creado una mentalidad particular entre los abistaníes, atareados sin desmayo en torno a una causa cuya primera letra ignoraban.

Acoger a los peregrinos a su regreso tras la prolongada ausencia, aureolados por su reciente santidad, agasajarlos, atiborrarlos de golosinas, quedarse con algo suyo, un objeto, un mechón de cabello, una reliquia cualquiera, era un momento y una oportunidad que la población y los candidatos al Jobé no se habrían perdido por nada en el mundo. Esos tesoros eran valiosísimos en el mercado de las reliquias. Aún más, esos queridos peregrinos contaban maravillas, eran los ojos que habían visto el mundo y los pies que habían pisado los lugares más sagrados.

En medio de esas rutinas y sacramentos, la Expectación era una prueba que los candidatos vivían con un fervor creciente. La paciencia es el otro nombre de la fe, el camino y la meta, ésta era la primera enseñanza, al igual que la obediencia y la sumisión, fundamentos del buen creyente. Durante todo ese tiempo y en todo momento, tanto de día como de noche, también había que seguir siendo un meritorio entre los meritorios ante la mirada de Dios y de los hombres. No se sabe de un solo Expectante que haya sobrevivido un solo minuto a la vergüenza de caer de la tan gloriosa lista de los candidatos a la peregrinación a los Santos Lugares. Eso era un absurdo que al Aparato le gustaba que se rumoreara, nunca había fallado nadie, nadie había muerto de vergüenza, todo el mundo sabía que no había un solo hipócrita infiltrado en el pue-

---

blo de los creyentes, al igual que sabía que la vigilancia del Aparato era infalible; los Enanos Infiltrados habrían sido eliminados antes de haber conseguido engañar a nadie. La intoxicación, la provocación, la agitación y la propaganda eran una plaga, y el pueblo necesitaba claridad y ánimo, no falsos rumores ni amenazas veladas. El Aparato se excedía a menudo en eso de la manipulación y hacía lo que fuera, hasta inventarse falsos enemigos que se empecinaba en desenmascarar para, llegado el caso, eliminar a sus propios adeptos.

A Ati llegaron a apasionarle esos aventureros de largo recorrido, los escuchaba como si nada para no asustarlos ni alertar a los vigilantes, pero, en su entusiasmo, les hacía demasiadas preguntas al estilo de los niños, aturullándolos con sus insistentes «por qué» y sus «cómo». La cuestión es que nunca quedaba satisfecho, con los consiguiendo repuntes de angustia y de enfado. Notaba como si un muro impidiera ver más allá de los chismes de esos pobres errantes en libertad bajo vigilancia, programados para propagar quimeras por todo el país. Ati lamentaba pensarlo, pero no dudaba de que esos delirios hubiesen sido puestos en boca de ellos por quienes de lejos, en el seno del Aparato, controlaban su pobre cerebro. No hay mejor medio que la esperanza y lo maravilloso para encadenar a los pueblos a sus creencias, pues quien cree teme y quien teme cree a ciegas. Pero ésta era una reflexión que se haría más adelante, en plena tormenta: para él se trataría de romper la cadena que ata la fe a la locura y la verdad al miedo para salvarse del aniquilamiento.

---

En la oscuridad y la agitación de los amplios dormitorios atestados, lo atenazaban extraños y apremiantes dolores, y se estremecía como los caballos al presentir el peligro nocturno rondando su establo. En efecto, parecía que el hospital albergara la muerte. El pánico no tardaba en manifestarse, lo acosaba hasta el amanecer y sólo remitía cuando la luz del día ahuyentaba las opacas sombras de la noche y la actividad matinal se disparaba entre el estruendo de las cacerolas y el bullicio de los despertares. La montaña siempre lo había asustado, era un hombre de ciudad, nacido al calor de la promiscuidad, y ahí, en su mísero catre, sudoroso y trémulo, se sentía a su merced, aplastado por su gigantismo y su dureza, agobiado por sus sulfurosas emanaciones.

Y eso que la montaña lo había curado. Había llegado al sanatorio en un estado calamitoso, desangrado por la tuberculosis, escupiendo espesos coágulos de sangre, enloquecido por la tos y la fiebre. En un año recobró algo de salud. El gélido aire limpio era un fuego ardiente que carbonizaba sin piedad los gusanitos que le carcomían los pulmones —los enfermos usaban esas gráficas expresiones aun a sabiendas de que su mal era cosa de Balis el Renegado y de que, en última instancia, la voluntad divina es la que dispone el porqué de las cosas—. Los enfermeros, unos rudos montañeses apenas desbastados, opinaban por igual y repartían a horas fijas píldoras de burda elaboración e infusiones eméticas, y renovaban los talismanes cuando llegaban algunos nuevos cuya excelencia preconizaban los rumores. En cuanto al doctor, que pasaba a la carrera una vez al mes sin pronunciar una palabra, nadie se atrevía a rozarlo siquiera con la mirada. No provenía del pueblo, sino del Aparato. Farfullaban excusas a su paso y luego se esfumaban. El gerente del sanatorio le

---

abría paso azotando el aire con su varilla. Ati no sabía nada del Aparato salvo que era todopoderoso, en nombre de la Justa Fraternidad y de Abi, cuyo gigantesco retrato colgaba de todas las paredes del país. Y es que ese dichoso retrato era la identidad del país. De hecho, se reducía a un juego de sombras, una especie de rostro en negativo y, en su centro, un ojo mágico puntiagudo como un diamante, dotado con una conciencia capaz de perforar blindajes. Era sabido que Abi era un hombre, y de los más humildes, pero no era como los demás, era el Delegado de Yölah, el padre de los creyentes, el jefe supremo del mundo; bueno, era el inmortal por la gracia de Dios y el amor de la humanidad; y si nadie lo había visto nunca era sencillamente porque su luz deslumbraba. No, era en verdad demasiado valioso y resultaba impensable exponerlo a la mirada de la gente común. Alrededor de su palacio, en el corazón de la ciudad prohibida, en pleno centro de Qodsabad, se arracimaban cientos de hombres armados hasta los dientes, dispuestos en barreras concéntricas estancas que ni siquiera una mosca podía atravesar sin el visto bueno del Aparato. Aquellos forzudos eran seleccionados al nacer, meticulosamente formados por el Aparato, y sólo obedecían a él, nada podía distraerlos, desviarlos, desorientarlos, ni había compasión capaz de contener su crueldad. No se sabía si eran humanos, se les quitaba el cerebro al nacer, lo cual explicaría su aterradora obstinación y su mirada alucinada. El pueblo bajo, que siempre acierta al nombrar lo que no alcanza a entender, los llamaba *los Locos de Abi*. Se suponía que eran oriundos de una lejana provincia del sur, de una tribu apartada del mundo vinculada a Abi por un pacto fabuloso. También a ella el pueblo dio su oportuno nombre: la leg-abi; o sea, la legión de Abi.

---

El dispositivo de seguridad era tan desmesurado que algunos pensaban que esos inquebrantables robots custodiaban un nido vacío, o mismamente nada, una simple idea, un postulado. Era una manera de divertirse con el misterio; en esos niveles de ignorancia, cada cual aporta sus propias divagaciones, pero todos sabían que Abi era omnipresente, estaba aquí y allá simultáneamente, en una capital provincial y en otra, en un palacio idéntico custodiado de tan hermético modo, desde donde irradiaba luz y vida sobre el pueblo. Era la fuerza de la ubicuidad, el centro que está en todas partes, y así masas enfebrecidas acudían a diario en procesión ante sus sesenta palacios para ofertarle sus mejores devociones y valiosos regalos sólo a cambio del paraíso a su muerte.

La idea de representarlo de este modo, con un solo ojo, pudo prestarse a discusión, se adelantaron hipótesis: se dijo que era tuerto, para unos de nacimiento, para otros debido a los males padecidos durante la infancia; también se llegó a afirmar que tenía realmente un ojo en medio de la frente, lo cual era señal de un destino profético, pero también se afirmó con no menos firmeza que se trataba de una imagen simbólica, que señalaba un espíritu, un alma, un misterio. El retrato, difundido a escala de cientos de millones de ejemplares anuales, habría provocado una locura por indigestión si el arte no lo hubiera dotado de un poderoso magnetismo cuyas extrañas vibraciones llenaban el espacio como el canto cautivador de las ballenas, que satura los océanos en los periodos de celo. Con apenas una mirada, el transeúnte quedaba subyugado y muy pronto se sentía feliz, intensamente protegido, amado, promocionado, también aplastado por la majestad y por lo que sugería de formidable violencia. La gente se aglutinaba ante los gigantescos retratos tan pre-

---

ciosamente coloreados que cubrían las fachadas de las grandes administraciones. No había en el mundo artista capaz de realizar tamaña maravilla, creada por el propio Abi por inspiración de Yölah; tal era la verdad tempranamente aprendida.

Un día alguien escribió algo en la esquina de un retrato de Abi. Una palabra incomprensible garabateada en una lengua desconocida, una grafía antigua de antes de la Primera Gran Guerra Santa. La gente no sólo estaba intriguada, esperaba un gran acontecimiento. Luego circuló el rumor de que la palabra había sido traducida por la Oficina de la Cifra del Aparato; el misterioso libelo se leía así en abilengua: «¡Bigaye os observa!». Aquello no significaba nada, pero como la sonoridad de la palabra resultaba simpática, el pueblo la adoptó de inmediato, y así Abi quedó afectuosamente bautizado Bigaye. Ya sólo se oía Bigaye por aquí, Bigaye por acá, Bigaye el bien amado, Bigaye el justo, Bigaye el clarividente, hasta que un decreto de la Justa Fraternidad acabó prohibiendo el uso de ese barbarismo bajo pena de muerte inmediata. Al poco tiempo, el comunicado n.º 66710 de las *NoF*, las *Noticias del Frente*, anunció triunfalmente que el infame garabateador había sido descubierto y ejecutado sobre la marcha, así como toda su familia y sus amigos, y sus nombres, borrados de los registros desde la primera generación. Se hizo el silencio en todo el país pero muchos se preguntaron en su fuero interno: ¿por qué la palabra prohibida estaba ortografiada *Big Eye* en dicho decreto? ¿De dónde procedía el error? ¿Del escriba de las *NoF*? ¿De su director, el Honorable Suc? ¿De quién más? No podía proceder de Duc, el Gran Comendador, jefe de la Justa Fraternidad, y menos aún de Abi: había inventado la abilengua, así que ni adrede habría podido cometer cualquier tipo de error.

---

El hecho es que Ati había recobrado algo de color y algunos kilitos. Las flemas eran todavía espesas, le costaba respirar, no paraba de gemir, tosía mucho, pero ya no escupía sangre. En cuanto a lo demás, en la montaña no podía hacer nada, la vida era dura, el país carecía de todo, las privaciones añadidas a más privaciones conformaban la cotidianidad, por decirlo de algún modo. A tal altura de la montaña y tan lejos de la ciudad, el declive era rápido. El sanatorio era el término garantizado para muchos, ancianos, niños, discapacitados. Los pobres son así, resignados hasta el final, empiezan a cuidarse cuando la vida acaba abandonándolos. El modo de arroparse en su *burni*, un ancho abrigo de lana impermeabilizado por la mugre y remendado por todas partes, tenía algo de fúnebre y de grandioso, daban la impresión de estar envolviéndose en una mortaja de rey, dispuestos a seguir a la muerte de inmediato. No se lo quitaban ni a sol ni a sombra, como si temieran que los sorprendiera la fatalidad y tener que encaminarse desnudos y avergonzados hacia la muerte, que por lo demás esperaban sin temor y acogían con una familiaridad no fingida, cuando no obsequiosa. La muerte no titubeaba, llamaba aquí, allí y allá, y proseguía su camino. Quienes la reclamaban le abrían el apetito, y se encarnizaba con ellos. Su partida pasaba desapercibida, nadie los lloraba. Los enfermos abundaban, llegaban más de los que se iban, no sabían dónde colocarlos. No había cama desocupada durante mucho tiempo, los pacientes que dormían en catres en los largos pasillos barriados por corrientes de aire se las disputaban con ferocidad. Los acuerdos alcanzados a duras penas no bastaban siempre para garantizar sucesiones pacíficas.